

George WEIGEL: *Política sin Dios. Europa y América, el cubo y la catedral*. Traducción por Dionisio Mínguez. Madrid: Cristiandad, 2005, 172 pp.

Olegario GONZÁLEZ DE CARDEDAL: *Historia, Hombres, Dios*. Madrid: Cristiandad, 2005, 662 pp.

Joseph RATZINGER: *El cristianismo en la crisis de Europa*. Traducción por Dionisio Mínguez. Madrid: Cristiandad, 2005, 102 pp.

El debate en torno al Cristianismo

Probablemente se sorprendería Julio Caro Baroja de ver la algaraza que en los últimos años se ha preparado en España con motivo del debate planteado, fundamentalmente, en torno a la enseñanza o no de la religión en los colegios, y la virulencia mostrada por algunos colectivos sociales apenas oyen la palabra religión. Tal vez el antropólogo nos hubiera dado alguna clave para entender qué pasa, él que en 1980 afirmaba, en su obra *Introducción a una historia contemporánea del anticlericalismo español*, que «el anticlerical empieza a ser personaje folklórico». Pero no sólo en España ha prendido, en los últimos años, la antigua llama de la controversia antirreligiosa. Con motivo de la redacción del proyecto de constitución europea se debatió duramente sobre la pertinencia o no de mencionar en dicha constitución el papel del legado cristiano en los últimos dos mil años de la historia del continente y, de manera concreta, en el desarrollo de lo que hoy conocemos como la Unión Europea.

Qué duda cabe que no se trata de un asunto baladí o de importancia menor. Basta analizar cómo la pugna entre los partidarios de otorgar al Cristianismo un papel notable, o cuando menos de ver reconocida su participación en el proyecto europeo, y aquellos que consideran que tal mención supondría una merma de la importancia del elemento laico como base de la idea europea ha sido, y aún lo es, capaz de movilizar a importantes sectores de la sociedad. Cabe afirmar que, junto con otros elementos del contexto internacional, el hecho religioso se halla actualmente en la primera plana de los temas candentes en estos comienzos del siglo XXI. El problema radica en que Europa no puede permitirse en estos momentos un enquistamiento como éste, que se pierde en la noche de los tiempos y que carece de sentido en una Europa tolerante y democrática. Ya en 1925, un francés llamado Georges Weill publicó una obra recientemente traducida al español, *Historia de la*

idea laica en Francia en el siglo XIX, en la que se preguntaba: «En la guerra entre la Iglesia y el anticlericalismo, ¿quién empezó? Cuestión insoluble y quizás ociosa».

Evidentemente, quienes se ofuscan en el enfrentamiento con el Cristianismo y dejan pasar de largo los múltiples problemas que actualmente tiene Europa ante sí no dejan de mostrar cierta falta de responsabilidad, además de no poca ignorancia sobre la historia pues el laicismo, llevado como a veces se pretende, hasta sus últimas consecuencias no acaba sino desembocando en un ataque frontal y decisivo a la libertad y, en concreto, a la democracia, que tanto debe, por otra parte, a la historia del cristianismo. Aunque desde una sola orilla, se analizan a continuación tres de los últimos libros publicados en España en torno al tema. Dos de ellos traducciones, pero los tres de autores de amplia resonancia en el contexto europeo. Su factura y tamaño es diferente, aunque les diferencia sobre todo el enfoque o, mejor dicho, el modo de afrontar y encarar el problema. Al final de sus argumentos, los tres libros coinciden en la necesidad de mantener abierto el diálogo entre Dios y el Hombre, entre Europa y la Historia, entre la Fe y la Sociedad.

El primero de ellos, *Política sin Dios. Europa y América, el cubo y la catedral*, del periodista estadounidense George Weigel, analiza cómo se van separando en materia religiosa los dos principales bloques geográficos de Occidente, criticando lo que, en su opinión, constituye un grave error por parte de los europeos. Este inmiscuirse de Weigel en los asuntos religiosos de Europa no es sino una mirada desde el país que heredó la democracia, hacia el continente en que ésta se gestó, con la añoranza de ver a Europa alejarse «nominalmente» del Cristianismo que permitió (si no generó) los ideales democráticos hoy en boga en la mayor parte del mundo.

Como recuerda Weigel, antes de los hitos que supusieron la revolución inglesa de 1688 o la francesa de 1789, «Los fundamentos culturales de las ideas y sistemas de autogobierno ya se habían echado siglos antes en otras instituciones: en las universidades europeas —totalmente cristianas en sus orígenes—; en ciertas prácticas cristianas, como la elección directa y democrática de los superiores en los monasterios benedictinos; [...]».

De todas las confrontaciones que se están dando últimamente entre EEUU y Europa la religiosa no es la menos importante. Antes bien, en ella o a partir de ella se podrían ubicar y contextualizar algunas de las rupturas que se han dado entre ambos sistemas democráticos o modos de entender la herencia de Occidente. Particularmente, no considero lógico ni realista negar o tratar de ocultar el papel del cristianismo en la historia de Europa y en su gestación como idea. Puedo entender fácilmente, sin embargo, que tales intentos se den y hasta pretendan hacer creer a la sociedad que lo cristiano o la alusión a ello no debe hallar cabida en la Constitución, pero creo que sólo se deben a razones de índole mezquinamente política o de pura ignorancia. George Weigel trata en su obra de desenmascarar esta idea con motivo de los pasados debates sobre el Proyecto de Constitución europea y el papel que debía jugar en él la idea cristiana. Páginas como las dedicadas a la «Cristofobia» apuntan directamente, y creo que en gran medida aciertan de pleno, al problema. En concreto, ese término lo toma, a su vez, del judío Joseph Weiler, que dismantela y echa abajo una serie de tópicos y errores de interpretación que en su opinión subyacen bajo la reticencia a «reconocer las raíces cristianas del presente democrático».

La tesis central que ataca Weigel podría ser la que se resume cuando escribe que «El hombre europeo ha llegado al convencimiento de que, para ser moderno y libre, tiene que ser radicalmente secular. Tal convicción ha tenido consecuencias decisivas y, desde luego, letales para la vida pública europea y para su cultura». Pese a no ser del todo novedosa, pues ya podemos hallarla en el aviso profético de Husserl a los europeos en los años 30, tiene la oportunidad de resurgir en un momento de especial virulencia social y religiosa en el controvertido panorama europeo actual. La obra es, en cualquier caso, precisa frente a los peligros y las consecuencias del excesivo secularismo, y en este punto enlaza con las otras dos obras como se verá más adelante. Pese a todo, guste o no la historia de Europa está preñada de personalidades, como señala el propio Weigel, vinculadas al Cristianismo y su vivencia. Sobre todo si pensamos en quienes gestaron, a mediados del siglo XX, literal y directamente la Unión Europea que hoy conocemos.

No obstante, algunos de los postulados de Weigel no son fácilmente sostenibles más allá de la mera opinión, como por ejemplo el de la metáfora biológica de Europa como un cuerpo que ha dado un «estirón» tras el pasado debate sobre el proyecto constitucional, pero que «aún no ha alcanzado la correspondiente madurez moral e intelectual; físicamente, es un adulto, pero mentalmente aún está en la adolescencia». Considero que hemos de diferenciar, a este respecto, unas cosas de otras, y que la negativa de parte de la generación política europea que hoy nos gobierna a conceder importancia al hecho cristiano no debe hacernos perder de vista los logros de una Unión Europea que acaba de dar un paso importante con la última ampliación del número de miembros.

Igualmente, aún siendo muchos los valores y válidos los argumentos de esta obra, sin embargo en lo que tampoco puedo

estar de acuerdo con su autor es, precisamente, en la perspectiva estadounidense desde la que observa y define a la Europa actual. La metáfora estética que toma como punto de partida y que aporta el subtítulo al libro: Europa y América, el cubo y la catedral, contrapone los monumentos de Notre-Dame y La Grande Arche, ambos en París. Es la elección a la que obliga Weigel entre la Europa que creó uno y otro monumento la que da al traste con el objetivo final del libro, pues ambas son complementarias y fruto de una evolución histórica. La solución al debate en torno al papel del Cristianismo y en la historia futura de Europa no vendrá nunca, como cree el autor, de los Estados Unidos, sino que se encuentra en la propia Europa, en la medida en que sea capaz de recuperar, en libertad y sin censuras de ningún tipo, la opción de fe que tantos europeos han contribuido a conformar a lo largo de los últimos dos mil años. Sin duda alguna éste es el principal reto que, en mi opinión, tiene hoy Europa: dejar atrás, de una vez por todas, la intolerancia, igual que parece estar queriendo dejar la violencia dentro y fuera de sus fronteras. Si lo consigue la libertad y la democracia habrán dado un paso de gigante en el resto del mundo.

Todo lo que el libro de Weigel tiene de sintético y divulgador, *Historia, Hombres, Dios*, nos lo expone infinitamente mejor argumentado y fundado. No en vano, Olegario González de Cardedal tiene la virtud de elevarse a las más altas cumbres de la teoría teológica pero también de ser capaz de exponer sencilla y directamente los problemas más reales de nuestra sociedad, y en ambos casos comunicar eficazmente. En este caso, esta obra, formada por textos dispares en su origen y función para la que fueron escritos, todos ellos se reagrupan ahora, como acudiendo a la llamada de apoyar este debate eterno que el propio autor sabe perfectamente sintetizar en el título (no es casual la evocación a Zubiri y su obra *Naturaleza, Historia, Dios*) y la manera en que ha estructurado los textos, en torno a «los tres elementos esenciales de nuestra existencia».

Escritos la mayoría de ellos en la última década, aunque alguno anteriormente, todos ellos muestran al teólogo preocupado por lo que pasa a su alrededor más inmediato pero también el más alejado. A esta última escala se circunscriben las primeras doscientas páginas de la obra y los seis ensayos en los que González de Cardedal analiza la situación actual del futuro de Europa y, muy especialmente, de su relación con la religión y el cristianismo en particular. Su lucidez destaca con rotundidad respecto a otras voces que opinan confusas y confundiendo. Por ejemplo en relación al tema de Turquía: «El cristianismo sólo reclama para Turquía y el islam lo que ha reclamado antes para el cristianismo en toda Europa: el derecho a la libertad religiosa, el reconocimiento de la personalidad jurídica de las iglesias y la aceptación de la legislación de cada país en relación con ellas, como forma de respeto a la peculiar trayectoria histórica y cultural». O, refiriéndose al laicismo: «La laicidad surge para la defensa de las minorías, como ámbito de libertad para todos y nunca para ser utilizada para represión de las mayorías a partir de una ideología o grupo dominante que se eleva a intérprete absoluto como guardián único de la nación o de la república».

La segunda parte, «Hombres», es una evocación de aquellos que le han precedido en el camino de la vida y de la fe. Que su vinculación a ellos haya tenido raíz geográfica, teológica, humanística, afectiva en todos los casos, es quizás lo de menos. O quizás lo haya sido todo. Llama la atención al leer estas «biografías de quienes primero vivieron la humanidad y luego la pensaron; primero

vivieron su cristianía y luego reflexionaron sobre el cristianismo», el componente de especial evocación que desprenden si se comparan, por ejemplo, con las recogidas en *El poder y la conciencia*, obra del mismo autor de hace dos décadas. Aquéllas más intelectuales; éstas, pese a la robustez de las personalidades, más humanas, probablemente debido a la coetaneidad que ha compartido con la mayoría de ellos.

Por último, la desembocadura de la Historia y de los Hombres que la hacen y se dejan hacer por ella no podía ser otra, en González de Cardedal, que Dios. De ahí que los últimos textos recogidos desborden el tema que lleva conteniéndose a lo largo de las primeras 450 páginas del libro. Aflora de este modo, el González de Cardedal más puro. Me atrevería a decir que, más incluso que la faceta de teólogo, asoma aquí la del comunicador cristiano que ejerce como intelectual verdadero y coherente, excepcionalmente formado y serenamente combativo, consciente de sus propias palabras cuando sostiene que «La fe, por enclavarnos consciente y consentientemente en la realidad que nos funda, sostiene y llama, es generadora de paz».

Por ello, sin duda alguna, la mayoría de estas páginas contextualizan el tema de la fe y de la presencia de Dios en nuestra vida en medio del bamboleante transcurrir de nuestra historia más reciente. Precisamente es en el texto dedicado a Zubiri en 1970, el más antiguo de los que se incluyen en esta tercera parte leemos, a la vez que percibimos la lúcida videncia del autor, que «el creyente está obligado a aceptar la historia en su novedad irreductible. Su tarea no es buscar marcos de conceptualización anterior desde los cuales pueda sorberle su virulencia inquietadora, sino soportarla hasta que «haga» luz en ella y descubra su verdad específica. El Dios de la revelación es siempre, a la vez que el Dios de la historia pasada, el Dios de la profecía, el que fue y el que viene, el que se ha revelado y el que seguirá revelándose». Es de esta manea como la estructura de *Historia, Hombres, Dios*, adquiere toda la coherencia de un círculo que se cierra dando sentido al acontecer de nuestra existencia.

A la luz de todo lo anterior es fácil entender la seguridad con la que siempre se ha manifestado Benedicto XVI en todo lo concerniente a la situación de Europa en relación con el papel del cristianismo, tema al que se refieren los textos de *El cristiano en la crisis de Europa*, escritos poco antes de ser elegido Papa. «La crisis de las culturas», el primero de los textos, ahonda en la preocupación del autor por la situación actual de Europa y el mundo y el papel que deberá jugar la fe cristiana como equilibrio y sustituto de una solución que el racionalismo no ha sido capaz de aportar. «La fuerza moral —explica el autor— no ha crecido en paralelo al desarrollo de la ciencia, sino que, más bien, ha disminuido, porque la mentalidad técnica ha relegado la moral al ámbito subjetivo, mientras que lo que se necesita es precisamente una moral pública que sepa responder a las amenazas que pesan sobre la existencia de todos nosotros». Y sentencia: «El verdadero peligro, el más grave del momento presente, radica en el desequilibrio entre las posibilidades técnicas y energía moral».

«El derecho a la vida y Europa», el más breve, insiste en la oposición al aborto, a la vez que advierte del engaño que supone analizar el problema únicamente desde la perspectiva de la libertad individual, olvidando el valor de la dignidad de la vida humana. Por último, en «Qué significa creer», el autor aborda la importancia de la fe para el hombre actual «que se debate ente esos dos polos: no es capaz de desembarazarse completamente de Dios, pero tal

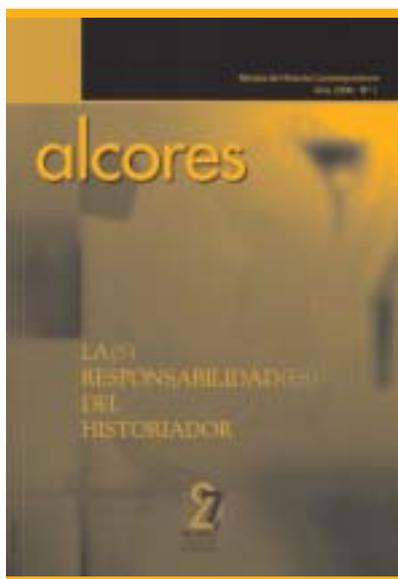
mismo tiempo carece de fuerza para ponerse en camino hacia él». Mediante la confianza en la fe del otro y nuestra participación en la misma se concluye que «sólo si dentro de mí hay un órgano receptivo, puede llegarme la voz del Eterno por mediación del otro», siendo por lo tanto necesarios los otros para que mi fe cobre sentido en tanto que «acto eclesial».

Los tres textos que constituyen *La crisis del cristianismo en Europa* coinciden en lo contundente de sus afirmaciones así como en la inteligencia con que han sido redactados, como cuando afirma el autor que «prescindir de las raíces cristianas no es la expresión de una tolerancia exquisita que respeta todas las culturas de la misma manera, sin privilegiar a ninguna de ellas, sino elevar a la categoría de absoluto unas ideas y unas vivencias que se contraponen radicalmente a las demás culturas históricas de la humanidad». Es más, en este sentido, la polémica surgida por la aparición en un diario danés de las tristemente célebres caricaturas de Mahoma no sólo supuso una alarma ante el hecho de que la libertad, de opinión en este caso, tal como la consideramos en Europa hoy en día, no es igualmente aceptada en otras partes del planeta, sino que hizo tambalear los supuestamente sólidos principios de respeto y tolerancia de ciertos laicistas. Del mismo modo, pocos defendieron meses más tarde al Papa cuando, desde una tribuna académica en Ratisbona, señalaba lo innegable y evidente para una mente europea y democrática en este comienzo del siglo XXI: que la religión, como el resto de los elementos culturales, no debe ser impuesta por unos hombres a otros.

Como señaló desde *El País* Hermann Tertsch, fue la reacción contra su discurso la mejor prueba de la verdad que había en sus palabras, y la situación creada no ha dejado de ser paradójica: ¿acaso va a ser ahora Benedicto XVI el único notable europeo en dar la cara por la libertad de la que tantos políticos en Europa se ufanan y que, sin embargo, luego no se atreven a reafirmar por no herir las «susceptibilidades» de quien pretende hacer del terror una hábito en el trato con sus semejantes? Vivimos tiempos en los que la coherencia, ya religiosa, ya democrática, debe verse por el testimonio personal. Precisamente el propio Benedicto XVI manifiesta en este libro que «lo que más necesitamos en este momento de la historia son individuos que, a través de una fe iluminada y vivida, presenten a Dios en este mundo como una realidad creíble».

Digamos, como conclusión, que los tres libros aquí analizados constituyen importantes acercamientos al momento religioso en que vivimos, aunque catalogarlos como libros únicamente religiosos sería un error por parte de quien pretenda saber qué es lo que hoy mueve (o inmoviliza) a nuestro mundo. Que haya sido la misma editorial la que los ha publicado no deja de hablar a favor de Ediciones Cristiandad y de su firme apuesta por afrontar los retos de nuestra época a partir de la voz de los más significativos pensadores. Hace ochenta años que Georges Weill concluía su libro citado al inicio de estas palabras con un claro intento reconciliatorio: «Los acontecimientos recientes, como la guerra de 1914, han probado que los grandes peligros concentran en torno al Estado laico a todas las fuerzas francesas, y que la unidad nacional es compatible con la variedad de opiniones y creencias». Hoy es mucho más importante aún que se dé este cese de las hostilidades. Estas obras que acabamos de analizar son una buena muestra del apoyo a tal tesis, al menos desde una de las partes.

Asunción Escribano



ALCORES. *Revista de Historia Contemporánea*. Director: Manuel Redero San Román. León: Fundación 27 de marzo, 2006, Vol. 1, 304 pp.

Por una interpretación plural de la Historia

A la vista está el empuje y la atracción que tiene en nuestros días el género histórico. Ya sea fruto de los vertiginoso últimos años por los que se ha deslizado el siglo XX en su paso al XXI, ya por esa necesidad de conocer lo que ocurre a nuestro alrededor que tenemos los hombres, lo cierto es que escribir sobre la Historia es actualmente no sólo rentable económicamente para muchos, sino socialmente una demanda ante las preguntas que plantea al hombre de la calle la convulsa sociedad en la que vivimos.

No ha de extrañar en este contexto por ello la aparición de una revista nueva dedicada a la historia contemporánea. Su título: *Alcores. Revista de Historia Contemporánea*. El nombre, de raíz árabe, evoca el sustantivo geográfico machadiano con el que se designa a las colinas y, collados castellanos, y según explican los responsables de la revista, se alude con él a un lugar desde el que «se pretende otear el horizonte de un pasado próximo o no excesivamente lejano». Inequívocamente también desde esta atalaya con inmejorables vistas, se resalta su pretensión de «convertirse en una publicación plural, en la que tengan cabida todos los enfoques historiográficos que estén planteados con rigor científico».

Todo esto se refleja mejor en este primer número monográfico con el que el director de la publicación, el catedrático de la Universidad de Salamanca Manuel Redero San Román, y su equipo (formado por profesores de las universidades públicas de Castilla y León, aunque entre los asesores de la revista están los mejores contemporaneístas españoles y algunos de los extranjeros) han decidido iniciar su andadura. Este volumen lleva por título «La(s) responsabilidad(es) del historiador», y ha sido coordinado por Ignacio Peiró, de la Universidad de Zaragoza.

Junto a la introducción de éste último, seis historiadores europeos (dos de ellos españoles) se cuestionan, desde diferentes perspectivas y contextos, acerca de cuál debe ser el papel social del historiador en nuestros días. Bajo el significativo título de «Ausente» no quiere decir inexistente», Peiró pasa revista a la profesión de historiador en España en el último siglo. Aproximadamente desde

que «a principios del siglo XX se creó la profesión de historiador» y cuyos más destacados profesionales acusaron «tanto a la historiografía académica anterior como a los historiadores nacionalistas de las regiones», hasta la última década del siglo XX, que «presenció —según Peiró— la articulación de un horizonte político-cultural nacionalista que, sin distinción de especialidades y áreas de investigación, comenzó a determinar la vida intelectual y a definir la producción profesional de una parte importante de los historiadores españoles».

Dedicado en concreto al periodo franquista, aunque incardinado en la historiografía europea, el artículo de M. A. Marín Gelabert señala los elementos míticos que afectaron a la tarea del historiador y condicionaron su producción. También a un enfoque nacional dedican su texto J.-F. Chanet y R. Romanelli, en sus respectivas aportaciones sobre la historia en Francia y en Italia.

Junto a ellos, aunque desde un punto de vista más general y teórico, «la(s) responsabilidad(es)» del historiador constituye el tema analizado con brillantez por J. Rüsen y P. Mandler así como las no menos espléndidas páginas de Francisco Javier Caspistegui. Los tres abordan el tema desde perspectivas éticas o humanistas que despliegan ante el lector un interesante panorama del estado de la cuestión actual en Europa de las relaciones entre la profesión de historiador y su relevancia social.

Alcores cuenta, además, con una sección de miscelánea y otras que, bajo los títulos «Haciendo Historia» y «Contextos», acogen artículos con un contenido de carácter más local. En cualquier caso, cabe por lo tanto felicitar a quien ha hecho posible esta nueva publicación, y, junto a las personas ya mencionadas, dar la enhorabuena a la Fundación «27 de Marzo», de la UGT, que es la editora de esta revista que se ha propuesto, entre sus objetivos, elevar desde Castilla y León las voces de los mejores historiadores hasta el contexto internacional.

Fernando Benito Martín

Francis BACON, Joseph ADDISON, Alexander POPE, Horace WALPOLE y William CHAMBERS: *El espíritu del lugar. Jardín y paisaje en la Inglaterra moderna*. Ed. de Paula Martín Salván. Madrid: Abada, 2006, 166 pp.

Del jardín como devoción estética

En una de las mejores recreaciones que se hayan escrito nunca en torno a la compleja relación sociohistórica entre los ámbitos rural y urbano, el libro ya clásico de Raymond Williams titulado, precisamente, *El campo y la ciudad*, escribe su autor lo siguiente: «En el siglo XVIII, los hombres acostumbrados a ver su entorno inmediato a través de formas intelectuales y literarias recibidas, tuvieron que observar otra modificación dramática del paisaje; la de la ciudad que se extendía y transformaba». El espacio mitad urbano mitad rural que supone y evoca el jardín ha constituido un elemento constante en la evolución de la civilización, significando este concepto de jardín, además, uno de los elementos que han gozado, en mayor medida, de esa historia literaria, a la que se refiere Williams, con la que las sociedades se han permitido recrearlo en las diferentes épocas y lugares. Evocador, por un lado, de la naturaleza primigenia de la que procede la especie humana y



testigo, por otro lado, de la ordenación que los procesos históricos han ido arrojando por parte del hombre sobre dicha naturaleza, ha supuesto un reiterado punto de encuentro entre dicho pasado agreste y los ideales de progreso y civilización plasmados por la expansión urbana. Desde un punto de vista estético, además, pocos elementos han logrado, como el jardín, acompañar a lo largo del tiempo a las diferentes sociedades mostrando su respectiva idea del orden social y las costumbres. La editorial Abada (a la cual el lector ha de agradecer el criterio con el que están construyendo un sólido catálogo) ya ha dado a conocer esta llamativa historia al público español, en concreto con la excepcional obra, en dos preciosos volúmenes, de Michel Baridon, *Los jardines. Paisajistas, jardineros, poetas*. En ellos se analiza el pasado histórico de esta morfología lúdico-natural, tan presente y relacionada a lo largo de la historia con las religiones y concepciones estéticas.

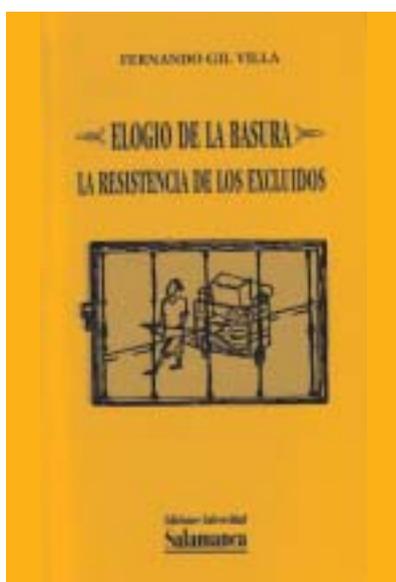
Pero donde sin duda alguna adquiere este territorio mítico que es el jardín una devoción absoluta digna de ser analizada es de la mano de los autores cuyos textos ha recogido la filóloga Paula Martín Salván en la obra *El espíritu del lugar*, también publicada por Abada Editores, y cuyo subtítulo *Jardín y paisaje en la Inglaterra moderna*, nos sitúa ante un lugar y una época para los cuales los paisajes ajardinados se convirtieron en el modelo estético y poético que contrarrestaba, idílicamente, una evolución urbana imparable ya en la historia de la humanidad y de lo que luego hemos denominado como progreso industrial. Porque es en el corazón y en el origen de lo que podríamos denominar la civilización contemporánea de Occidente, la Inglaterra de los siglos XVII-XVIII, donde mejor puede observarse la devoción y especial dedicación a este tópico de la cultura universal y, de modo especial a partir de la edad moderna, europea. En los textos de los tres primeros autores (Bacon, Addison y Pope) se hallan importantes referencias a la evolución histórica de los jardines, mas son los escritos de Walpole y Chambers los que, ya en la segunda mitad del siglo XVIII, muestran con mayor atención y detalle la filosofía de atracción estética que presenta el jardín para la sociedad inglesa ilustrada. Es de señalar, además, que ambos textos se escriben en una época (todo el siglo ilustrado lo fue) en la cual el jardín como paisaje urbano se muestra en todo el esplendor que una sociedad selecta pueda promover hacia lo que considera como uno de sus elementos más significativos. Es más, si los primeros textos resumen ciertas reminiscencias nostálgicas que conforman el gusto renacentista por la naturaleza, con toda la evocación poética que le otorgó el

periodo del humanismo, los dos últimos plantean ya preocupaciones urbanísticas más acordes con la nueva era.

En este sentido, «el campo abierto no es sino un lienzo sobre el que diseñar un paisaje», dirá Horace Walpole, quien, a su vez, aporta algunas claves en torno al porqué de los diferentes tipos de paisaje ajardinado en los respectivos estados europeos. Por ejemplo, que «en un país llano, como Holanda, es imposible el paisaje», o que «en Francia e Italia la nobleza no reside mucho en sus villas y hace poco gasto», lo cual, conduce a la conclusión de que, en opinión del propio Walpole, y desde una perspectiva acorde con la filosofía económica de la época y del país, son también dichas diferencias las que, por otra parte, impedirán y eviten «que nuestro estilo de jardín sea de uso general en el continente. El gasto sólo es adecuado a la opulencia de un país libre, donde la imitación reina entre propietarios independientes». Tal alusión a la libertad no resulta gratuita pues, como plantea Paula Martín, en una introducción tan mercedora de atenta lectura como los propios textos, «todos los ensayos reunidos en este volumen plantean una dialéctica entre dos modelos estéticos opuestos: por una parte el jardín formalista representa el triunfo del racionalismo dieciochesco, con su obsesión por la simetría y su gusto por las formas depuradas geométricas. El paisajismo, por oposición, se presenta como una defensa de lo irracional-natural como signo de libertad y subversión prerromántica». O, dicho de otro modo, «los jardines de Le Nôtre en Versalles vienen a simbolizar la autocracia y el dominio absoluto del hombre sobre la naturaleza, mientras que el jardín inglés representa el constitucionalismo y la alianza del hombre con la naturaleza».

Por su parte, el ensayo de Chambers que cierra *El espíritu del lugar*, dedicado a la «jardinería oriental», no sólo describe la evolución y elementos fundamentales de la misma, sino que contribuye, directamente, a fortalecer uno de los aspectos más atractivos del orientalismo, ideología que ya estaba constituyéndose sólidamente entre las elites europeas: «Ninguna nación igual a China en el esplendor y el número de las estructuras de sus jardines». De ahí la importancia de este texto que, en su desarrollo, pasa a ampliar la concepción más limitada de lo que comúnmente hoy entendemos por jardín, para concluir alabando lo que ya entonces era una verdadera política urbanística y territorial por parte de la administración china de la época. Chambers pasa así revista a los caminos o paseos, puentes, lagos, bosques y demás elementos que conforman el entorno transformado del hábitat humano. Con ello, Chambers no sólo toma postura en la confrontación antes señalada (con su crítica al modelo inglés: «nuestros jardines difieren muy poco de un campo silvestre»), sino que ensalza ante todo, y no exento de cierta nostalgia bucólica, un paisaje armónico gestado por igual por la tradición china y la ya idealizada visión europea de una China predominantemente rural. Todo ello justo en una época crucial en la que, como nos recordaba Williams, la industrialización comenzaba a transformar el paisaje inglés radicalmente. El problema tiene honda raigambre de carácter político y socioeconómico, y ha sido estudiado en profundidad, por ejemplo, por Robert C. Allen (de quien las universidades de Zaragoza y Salamanca han publicado recientemente *Revolución en los campos. La reinterpretación de la revolución agrícola inglesa*). En cualquier caso, tras pasa con mucho la idílica barrera que pueda suponer nuestro idealizado concepto de jardín. No obstante, la sociedad inglesa del siglo XVIII supo que estaba ante una frontera esencial que oponía una visión idílica de la tradición frente a las demandas que requería una industrialización ya imparable.

Fernando Benito Martín



GIL VILLA, Fernando. *Elogio de la basura: la resistencia de los excluidos*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2005.

Elogio de la basura

Después de tener escrita una obra teórica sobre la exclusión social (*La exclusión social*. Barcelona: Editorial Ariel, 2002), el autor realiza ahora una nueva aproximación con base empírica. El lugar de la investigación es «João Pessoa, capital de Paraíba, un Estado situado en el Nordeste del Brasil, concretamente en el extremo más oriental de América del Sur» (p. 21). Ahí el aspecto de la política social, donde el autor constata la explotación de los catadores, mano de obra barata, sin voz y sin protección, dentro de un microcosmos organizado por una jerarquización que incluye intermediarios llamados atravesadores, probando que existe una economía política de la basura y que «en este sentido, los catadores viven de las sobras del sistema capitalista» (p. 51).

Desconstruyendo, como el propio autor dice: «a la Derrida», transcurre la primer parte del libro, que cuida de «la vida en la basura», estudiando las contradicciones del discurso de los gobernantes para explicar por qué a ellos no les gusta la basura buscando extinguirla, y por qué a los intelectuales no les gustan los basureros. El entorno es la política social, analizada como paradigma moderno o paradigma postmoderno. Los peligros del pesimismo son rechazados: simplismo y amoralismo, advertido sobre el riesgo ético como consecuencia del postestructuralismo, y la pervivencia de los viejos defectos del progresismo: conspiracionismo y maniqueísmo, cerrando con el estudio de las funciones sociales manifiestas y latentes del basurero, que conducen a la contradicción del estigma individual del catador.

La segunda parte: «La basura, el nuevo agente de Satán», reflexiona para «explicar los enigmas de la relación de un pueblo con su basura» (p. 105). «Será de hecho el conflicto entre los valores de la burguesía colonizadora europea y después americana y después global, y los valores indígenas lo que nos permitirá interpretar mejor el tema de la basura» (p. 115).

La resistencia de los excluidos: «los propios trabajadores de la basura en los países pobres, los movimientos sociales ecológicos y naturalistas y los valores de las comunidades indígenas» (p. 127), en Brasil, transcurre de la aculturación incompleta de negros y

indios, ellos son más generosos con la basura, por eso, los movimientos sociales ecologistas y naturalistas lanzan un mensaje con grandes letras: la basura no es mala, la basura es buena» (p. 137). A partir de ahí desencadenase una guerra de campañas: basura mala, basura buena, si pregunta se los pobres son más sucios que los ricos, sobre el debate de alta cultura y cultura popular, en razón de la desigualdad social, que atribuyó a Brasil el término Belindia, o sea, la mitad sur del país puede ser comparada con Bélgica y la mitad norte con India. «Esto hace que podamos interpretar el fenómeno de la exclusión social como la historia de un conflicto, donde la resistencia no es sólo la de ciertos grupos sociales sino también la de ciertos valores culturales...» (p. 153).

El autor propugna la reconciliación con la naturaleza y el cuerpo por medio de una nueva educación escolar; que la política social no ignore la voluntad de los excluidos en una actitud despótica y paternalista, aplicando la necesaria moral como criterio desatascador; y que la comunidad se guíe por la racionalidad obteniendo el equilibrio entre la persona individual y en el grupo, en todo momento entre los impulsos egoístas y los altruistas. Registra que el trabajo está en calibrar las varias resistencias heterogéneas, disgregadas en el tiempo y en el espacio, «desde 'la conquista' hasta la actualidad, en las ciudades y en el campo, agrupándose y ejerciendo presión a diferentes niveles y con diferente energía» (p. 159).

Es un estudio sociológico importante para Brasil porque volcado a los marginados sociales, mirados a partir del aspecto negativo atribuido a la basura, así es que está siendo traducido para el portugués para ser editado en aquello país, y para España, como fruto del trabajo de un analista social de la categoría de Fernando Gil Villa. Sin duda es una obra a ser incluida también en las bibliografías de los Derechos Humanos.

Maria Lucia Levy Malta

José A. GONZÁLEZ ALCANTUD (ed.): *El orientalismo desde el Sur*. Barcelona: Anthropos, 2006, 382 pp.

Las múltiples miradas del orientalismo

La preocupación por lo que conocemos como orientalismo no ha estado en España a la altura de la preocupación que por el tema ha existido en países como, por ejemplo, Francia, y ello a pesar de su historia y la tradición de su escuela arabista, que se remonta con gran claridad dos siglos atrás. Bien es cierto que nuestra «aventura» imperialista en África y Oriente Medio ha sido más bien discreta, lo cual explica en gran medida nuestra también discreta dedicación al estudio de la cultura de dichos territorios, pero al menos la cercanía geográfica, nuestro papel de avanzadilla del continente europeo hacia el sur, es lo que ha justificado y sigue hoy alentando la necesidad y el compromiso de muchos de nuestros intelectuales hacia «Oriente».

Precisamente la cuestión espacial se ve reflejada en el título de este libro, coordinado por un profesor de la Universidad de Granada, y la procedencia de los autores que participan (junto a investigadores de Madrid, Barcelona, Estados Unidos o París, un buen número de autores pertenece a la universidad granadina. En cualquier caso esta obra, si bien entronca en cierto modo con la



tradición antes aludida del arabismo español (una de cuyas sedes siempre estuvo por mérito propio en Granada), es, sin embargo, fiel heredera de los nuevos horizontes abiertos por nuestros orientalistas en las últimas décadas, que han ensanchado lo que constituía un marco excesivamente delimitado por lo filológico y, en menor medida, por lo histórico.

A desentrañar tales laberintos de filiación y definición se dedican parte de los textos. Para empezar, el documentado estudio introductorio del propio editor, donde, junto a la inevitable sombra-homenaje de y a Edward Said y la contextualización del marco general, se bucea en la cartografía histórica del orientalismo español. Completan la visión panorámica dos nombres clave del arabismo español, como son M. Á. de Bunes, que recorre los pasos dados hasta la frontera de la contemporaneidad, donde le espera uno de los creadores del orientalismo español, V. Morales Lezcano, que pasa revista a un tema que conoce como pocos. Esta perspectiva teórica se enriquece con los textos de J. M. Cornu sobre el francés Quinet, el de V. Moga que analiza cómo se forjó hace un siglo en España una determinada idea de Marruecos, el de González Alcantud sobre el orientalismo estadounidense y, por último, el de E. Martín Corrales sobre el orientalismo malagueño (en mi opinión estos dos últimos son claramente de los más interesantes del libro).

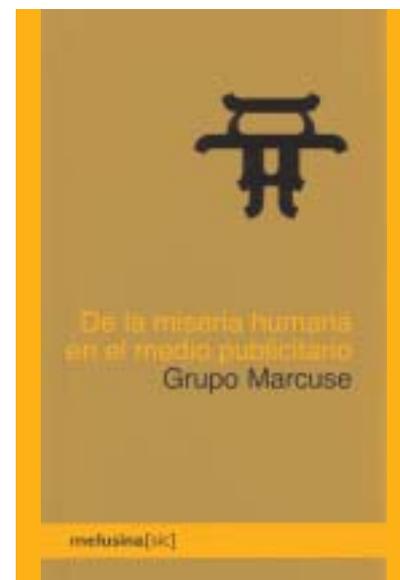
Aunque los artículos se presentan en tres bloques principalmente («El orientalismo estético», «Orientalismo y africanismo español contemporáneo» y «Arquitecturas del orientalismo») es tal la interdisciplinariedad con que se han acometido la mayor parte de los textos que dicha división se diluye y resulta algo artificial. De todos modos, creo importante señalar el hecho de que de los dieciséis estudios que el lector puede hallar en *El orientalismo desde el Sur*, prácticamente ninguno pertenece al ámbito de la Filología. Aunque dos de ellos tienen como objeto de estudio a dos escritores (el de P. Pecchioli sobre De Amicis y el de A. Correa sobre Isaac Muñoz) el resultado final en ambos casos sobrepasa con mucho lo que denominaríamos un estudio filológico, para acabar plasmando las respectivas visiones que de Marruecos tenían ambos escritores.

Marruecos es uno de los temas de fondo de las contribuciones y aquí es donde intelectualmente se percibe el original valor de esta obra colectiva. El país vecino está presente, por ejemplo, en varios de los textos ya citados, pero también en el de M. Métalsi

sobre la arquitectura colonial francesa, o en las deliciosas páginas de S. Smith sobre la visita de Delacroix al norte de África y su influencia en algunos de sus cuadros. Junto a éste último, formando parte del bloque más homogéneo de los señalados por el editor, hay un grupo de textos en torno al elemento urbano que harán las delicias de los amantes del urbanismo por las interrelaciones señaladas en ellos: J. Calatrava analiza unos proyectos de Le Corbusier en Argel que no llegaron a realizarse; un estudio de R. Gutiérrez sobre los reflejos de la arquitectura oriental en Iberoamérica y otro de C. Sagar similar pero analizando la influencia de la arquitectura egipcia sobre la española y, por último, las páginas que el editor del volumen dedica a la mítica Tombuctú.

Cierran el libro los capítulos de J. Ferreux proponiendo la elaboración de un diccionario de orientalistas, y el del editor analizando la relación de Andalucía con el norte de África, de plena actualidad. En definitiva, la obra ha sido elaborada con una clara idea interdisciplinar que se deja sentir en lo distinto pero complementario de sus contribuciones. Además, la cuidada edición que se ha llevado a cabo (enhorabuena a los editores), con ilustraciones que retoman la importancia que tradicionalmente tenían en las artes gráficas, en tanto que elementos que «ilustraban» el texto, contribuye a que el lector sienta, aún hoy, el espejismo o trampa que para varias generaciones tuvo aquello llamado Oriente. No en vano, utilizando la idea de Lévinas citada por González Alcantud, «el fundamento de la alteridad es el misterio». De ambas cosas hablan las voces que escuchará el lector de *El orientalismo desde el Sur*.

Fernando Benito Martín



GRUPO MARCUSE: *De la miseria humana en el medio publicitario. Cómo el mundo se muere por nuestro modo de vida.* Trad. por Javier Rodríguez Hidalgo. Barcelona: Melusina, 2006, 206 pp.

La peor cara de la publicidad

«La modernidad líquida —ha escrito el sociólogo Zigmunt Bauman— es una civilización del exceso, la superfluidad, el residuo y la destrucción de residuos». La publicidad no sólo no es ajena a esta cultura, que es en la que vivimos, sino que contribuye de manera primordial a darle forma. En este sentido, la

globalización nos ha hecho a todos (en mayor o menor medida) formar parte de una sociedad de la que sociólogos como el citado Bauman, en obras como *Vidas desperdiçadas. La modernidad y sus parias*, han denunciado, una vez descrito ya el devastador panorama diseñado por la sociedad de consumo, la total destrucción de aquellos que se ponen ante «un progreso económico que se propaga por los rincones más remotos del 'saturado' planeta, pisoteando a su paso todas las formas restantes de vida alternativas a la sociedad de consumo». Precisamente el objetivo de la obra *De la miseria humana en el medio publicitario. Cómo el mundo se muere por nuestro modo de vida* es analizar críticamente cómo la publicidad se ha convertido en el armazón de la sociedad de consumo que constituye actualmente el corazón económico de la sociedad globalizada.

La tesis del libro es clara: el binomio sociedad de consumo-medio publicitario es el causante de un sistema de vida en la que buena parte del planeta sufre y muere a consecuencia de los hábitos y modos de vida de la otra mitad. El problema, y la dificultad de poner fin a esto radica, a juicio de los autores que constituyen el colectivo Grupo Marcuse, en que «la publicidad se inscribe histórica y lógicamente en el desarrollo continuo del capitalismo industrial». Para mostrar contundentemente la certeza de tales proposiciones, los autores se lanzan a exponer toda una serie de casos y situaciones con las que diseñan un panorama desolador del mundo de la publicidad.

Los datos y los ejemplos que los lectores encontrarán en esta obra son escalofriantes. Probablemente podamos hallar a lo largo del texto afirmaciones rotundas quizás algo exageradas, como cuando se nos dice, por ejemplo en la p. 25, que «la publicidad es indisolublemente un síntoma de la devastación del mundo y uno de sus motores» o, en la p. 93, que «la publicidad promueve la codicia necesaria para la intensificación del consumismo». Pero a pesar de tales afirmaciones, de ningún modo puede pasarse por alto el hecho de que en este contexto, con demasiada frecuencia, las verdades, por obvias que sean, no dejan de resultar duras de oír: «Cuantos más anuncios hay, menos impacto tiene cada mensaje. Por lo tanto, para seguir siendo eficaz, la publicidad debe transgredir las normas y superar permanentemente los límites que había alcanzado» (p. 17). Premisa ésta que vemos llevarse a cabo constantemente en medio de la polémica y de una continua actualización y renovación de la legislación vigente en la materia.

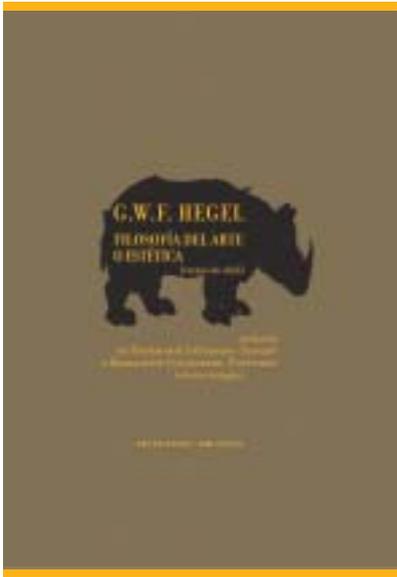
Aunque centrado en el ámbito francés, lo cual en buena medida se halla justificado, pues como se nos dice: «Francia posee el triste récord europeo de número de vallas: más de un millón, entre 30% y un 40% de las cuales son ilegales», el libro analiza los objetivos y estrategias de numerosas empresas cuyos productos y técnicas son perfectamente extrapolables y generalizables al resto del mundo, como es el caso, omnipresente, del móvil. Buena parte de la esencia y influjo negativos de la publicidad resulta, para empezar, del hecho de que la publicidad lo primero que vende es a sí misma, de ahí el entorno idílico que crea con los nombres de los productos y el lenguaje utilizado para promocionar los productos. Pero donde realmente se muestra pernicioso es en otro tipo de aspectos más delicados. Es conocido, desde el punto de vista del medio ambiente, cómo en la sociedad de consumo a que atrae la publicidad, la contaminación producida es brutal: energética fundamentalmente, la más conocida, pero también de carácter sensorial, sobre todo sonora.

Por otra parte, desde una perspectiva más humana y desde la preocupación por las personas, la publicidad cada vez afecta más a la población más joven. Un caso significativo de esto es que, en los años 90, en Estados Unidos, «la colonización publicitaria del espacio escolar aumentó en un 539% y el patrocinio de material educativo en un 1.875%». Parece evidente que esto sólo pueda explicarse por la generalización del consumismo como hábito inherente a los modos de vida occidentales, y uno de cuyos puntales básicos es la de crear consumidores permanentes mediante la promoción del desencanto. Así, puede leerse en la publicación *Printer's Ink* lo siguiente: «La publicidad nos ayuda a mantener a las masas insatisfechas con su modo de vida, descontentas con la fealdad que las rodea. Los clientes satisfechos no son tan rentables como los frustrados». El problema es, claro está, que las personalidades generadas (o degeneradas) por estos comportamientos no se restringen al ámbito publicitario, sino que acaban redundando en el comportamiento de la sociedad en su conjunto.

En este libro también se lleva a cabo una aproximación a la generalización de la propaganda, mediante una manipulación cada vez mayor y con influencias más cercanas a lo totalitario en un mundo en el que la publicidad posee un poder cada vez más determinante. Así, paralelamente, el trasfondo de lo que hay tras cada producto y cada empresa es apenas conocido, ya que la publicidad distrae y ciega, pues «se trata de impedir que se vea lo que es susceptible de impedir la compra, de incitar al boicot y a la crítica, orientando todos los proyectores hacia el producto reluciente». Es en este contexto en el que las marcas se han adueñado de la sociedad, erigiéndose en objetivo de culto y, una vez más, de un modo alarmante entre los más jóvenes. Un caso especialmente peligroso en el que coinciden todos estos aspectos es el de la industria farmacéutica, en la que «si no se pueden encontrar nuevos medicamentos, o laboratorios llegan a inventar nuevos pacientes para vender sus viejos productos».

Por último, merece destacarse el papel desempeñado por lo publicitario en relación con los medios de comunicación. En este sentido, la publicidad ha encontrado en ellos a un perfecto aliado merced al cual puede continuar incrementando más aún el ritmo consumista que tanto la beneficia. No sólo eso, sino que, sabedora de la creciente dependencia que los medios tienen de ella, que los financia y, cada vez más, condiciona, aprovecha este hecho en su propio beneficio. Esto último, hasta tal punto que, en TV, «los anuncios organizan, al menos en parte, la parrilla de programación», con la evidente relegación a los peores horarios de aquellos programas con menos gancho por motivos, única y exclusivamente, económicos. Como conclusión de esta indiscutible influencia, resulta que el poder económico de la publicidad contribuye a homogeneizar la oferta de las televisiones, consecuencia que lleva, como una homogeneización similar ya ha permitido observar en el mercado editorial, a una reducción de la diversidad de programas, favoreciendo a un determinado tipo de ellos. Por último, ha sido precisamente de la mano de los medios como el poder de la publicidad ha llegado a la política. Ahí la manipulación y la identificación con la propaganda es también importante y, además, creciente en los últimos años. Pero eso daría para otro libro distinto.

Asunción Escribano



G. W. F. HEGEL, *Filosofía del arte o estética. Verano de 1826*. Edición de Annemarie Gethmann-Siefert y Bernadette Collenberg-Plotnikov con la colaboración de Francesca Iannelli y Karsten Berr, traducción de Domingo Hernández Sánchez. Madrid: UAM, 2006. Edición bilingüe. 558 páginas.

Nuevas fuentes de la Estética de Hegel

La recepción de la estética y la filosofía del arte de Hegel, a diferencia de lo acaecido con su filosofía jurídica, no comienza hasta principios del siglo XX aunque desde antes se conocieran algunas traducciones francesas. No fue hasta 1908 cuando apareció la primera traducción española a cargo de Hermenegildo Giner de los Ríos, pero no del alemán sino del francés, concretamente de la segunda edición de Ch. Bérnard.

A la peripezia de la estética hegeliana en los inicios de su recepción española hay que añadir los de su recepción en la propia Alemania y, por ende, en el resto del mundo. Durante años, el acceso a la estética y la filosofía del arte de Hegel ha pasado por las diferentes traducciones de la versión que, a partir de 1835, se convirtió en la versión: la realizada por Heinrich Gustav Hotho a partir de apuntes de las lecciones y manuscritos del propio Hegel, algunos desgraciadamente desaparecidos. Ese acceso resultaba, por ello, tan estrecho como incómodo o viceversa. Para los lectores no iniciados, se tenía la impresión de asistir a una mera aplicación del sistema hegeliano. La estética quedaba en un segundo plano, con muchos cabos sueltos y, por lo tanto, sin una centralidad excesiva en su filosofía.

La lectura desde la estética musical era especialmente descorazonadora. Al igual que en la estética kantiana, por ejemplo, se podía concluir que no existía proporción entre la importancia de la filosofía hegeliana o kantiana globalmente consideradas y la de la música en el seno de esas filosofías.

Desde 1931, al menos, la labor de crítica textual y de investigación filológica e histórica de Georg Lasson abrió una puerta a la revisión de la estética hegeliana partiendo de versiones diferentes a la de Hotho. La incomodidad que sembraba aquella primera edición, se convertía en un problema con solución científica gracias a Lasson y, más tarde a los que, como Annemarie Gethmann-Siefert, Bernadette Collenberg-Plotnikov, Francesca Iannelli y Karsten Berr han continuado su labor. Una solución que va pasando

por el minucioso cotejo de los diferentes cuadernos de apuntes y manuscritos conservados y, en algunas ocasiones, por la edición crítica de los mismos.

Este es el caso de la que, con criterio excelente, presenta ahora la editorial Abada, en la serie «Filosofía». A la labor de traducción de obras fundamentales de la historia de la literatura y de la filosofía, como la obra completa de Walter Benjamin o la simpática edición del nada inocente *Gato con botas* de Ludwig Tieck, se añade ahora un auténtico monumento en el conjunto de la obra hegeliana y una obra de referencia no sólo para los interesados en la estética y la filosofía del arte, sino en la obra de Hegel y su actualidad.

La presente edición, publicada por la editorial Abada en colaboración con UAM Ediciones, recoge el trabajo de Annemarie Gethmann-Siefert sobre el cuaderno de apuntes de Friedrich Carl Hermann Viktor von Kehler de las lecciones de estética del semestre de verano de 1826 en Berlín. Se trata, como es sabido, de un curso —el tercero de los berlineses— central en la evolución de las concepciones de Hegel sobre la estética. Si las lecciones anteriores, de 1820/21 y 1823 se inscribían en la órbita de la situación del pensamiento hegeliano cristalizado en la edición de 1817 de la *Enciclopedia*, éstas de 1826 preludiaban en muchos aspectos la edición de 1827. Con esta edición de los apuntes de Kehler nos encontramos una vez más con la necesidad de asistir a la filosofía de Hegel desde dentro del dinamismo de su evolución. Como ya había señalado Olivier Alain, con ocasión de la publicación del manuscrito de Liebelt de las lecciones del curso 1828/29, el pensamiento de Hegel «es todo lo contrario a un pensamiento fijado en la sistematicidad». Y este carácter evolutivo es especialmente claro en el caso de la música. Por una parte, porque Hegel, a pesar de reconocer su ignorancia en cuanto a la técnica musical en algunas ocasiones, hizo el esfuerzo de intentar solventar esa carencia. Pero, además, frente a las interpretaciones posibles a partir de la edición de Hotho, que primaba el aspecto sistemático, la investigación que cristaliza en esta edición incide positivamente en la interpretación de la estética hegeliana como sustentada en una fenomenología del arte. Hegel partía, por tanto, del arte concreto para ascender después a la sistematicidad y no a la inversa. Y en el caso de la música, nos consta por su correspondencia, por la *Enciclopedia* y por los apuntes que ahora se publican y los de Liebelt del curso de 1828, que Hegel conocía y disfrutaba de la música, especialmente de la ópera de Rossini. La idea de una aplicación casi mecánica del sistema, impuesta por la versión de Hotho es reemplazada, por lo tanto, por una lectura más dialéctica, críticamente fundamentada. Como señalan Karsten Berr y Annemarie Gethmann-Siefert en la Introducción, Hegel «en un sentido global, entiende el arte desde una perspectiva fenomenológica».

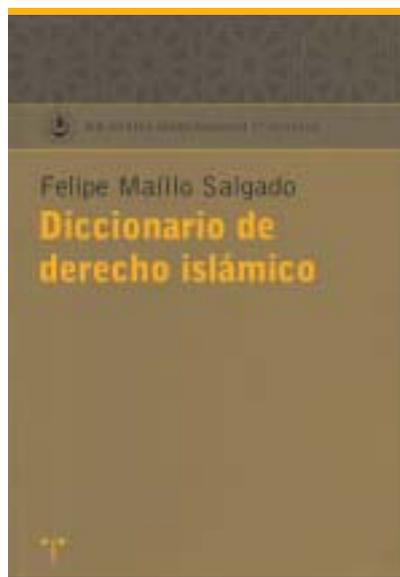
Es importante señalar que, además de lo referente a la música, hay dos de los temas más comentados, debatidos y problemáticos de la estética hegeliana tal y como la editó Hotho, que son profundamente revisables gracias a esta nueva edición: el fin del arte y la definición del ideal como «la apariencia sensible de la idea», repetidos en manuales y tratados de historia y teoría del arte. Así presentados, son formulaciones de Hotho y no de Hegel, y a partir de esta edición se puede encontrar la formulación más acorde con Hegel. Respecto al fin del arte, las interpretaciones de Hotho quedan arrumbadas por esta nueva en la que Hegel aparece constatando, sí, que el arte no es capaz de instaurar ya ningún modelo de orientación inmediata, pero también que, por esa misma razón, se le abren otras posibilidades infinitas en cada

presente, en el suyo y en el nuestro. Posibilidades en las que se vincula la intuición y la reflexión haciendo necesaria la filosofía del arte para preguntarse por el significado del arte en épocas pasadas. El arte puede y debe abrirse a lo humano, «buscar otras formas de mediación para lograr una orientación histórica, o sea una formación del individuo a través del arte».

Respecto a la tantas veces mencionada «apariencia sensible de la idea» los editores afirman que «El arte, en cuanto lo bello «nacido del espíritu», no es —tal como lo definía la versión impresa de la Estética— la «apariencia sensible», sino «Dasein», «existencia» o «vitalidad» de la idea: el ideal. El ideal comprende para Hegel la unidad de lo sensible y lo espiritual, la unidad de un contenido espiritual o racional y su forma sensiblemente perceptible».

Al valor intrínseco de esta edición de cara al conocimiento y la interpretación de la estética hegeliana, hay que añadir el valor de la edición española. Como debería ser más habitual en casos similares, se nos presenta una edición crítica bilingüe, es decir: no sólo el texto original sino también el aparato crítico en alemán, y la traducción del texto —a cargo de uno de los especialistas españoles en Hegel más científico, concienzudo y discreto en su trabajo, Domingo Hernández Sánchez— incorporando las notas pertinentes para la lectura en español, tanto procedentes del original como añadidas y seleccionadas por el traductor.

Antonio Notario Ruiz



Felipe MAÍLLO: *Diccionario de derecho islámico*. Gijón: Trea, 2005, 590 pp.

Una obra necesaria

Cuando hace veinte años Felipe Maíllo publicó la primera edición de su *Vocabulario básico de Historia del Islam* (Madrid, 1987), las primeras líneas de su introducción justificaban ya (a la vez que auguraban) la necesidad no sólo de aquella obra sino de la que ahora nos ocupa: «Desde hace algunos años las circunstancias históricas han traído a primer plano de la actualidad el mundo islámico. Muchos europeos empiezan a descubrir ahora ese mundo,

hasta hace poco sólo conocido en nuestras sociedades por raros estudiosos o por unos cuantos orientistas».

Siendo como es el Derecho aquel conjunto de saberes que regulan el comportamiento de las sociedades humanas, y tratándose, por otra parte, del Islam, sin duda alguna aquella de entre las civilizaciones que mayor interés acapara en la política internacional de nuestros días y muchas de cuyas costumbres están siendo tan debatidas, está más que justificado atender a la publicación de esta obra como un inmejorable regalo al conocimiento de esta parte medular de la cultura islámica que es el derecho, y que explica el comportamiento y la razón de ser de estas sociedades.

Felipe Maíllo, por otro lado, lejos de ser un profano en el tema, es, además de un profundo conocedor de los países islámicos, uno de nuestros mejores arabistas e historiadores del islam andalusí, así como un estudioso de la historia de las instituciones y del derecho islámico desde hace un cuarto de siglo. Traductor de obras esenciales para el conocimiento de la historia de Al-Andalus, Maíllo es, además, autor de dos importantes obras de referencia clásicas ya entre los arabistas españoles y que han visto numerosas ediciones: *Los arabismos del castellano en la Baja Edad Media. Consideraciones históricas y filológicas* (publicada por Ediciones Universidad de Salamanca desde 1983) y el *Vocabulario de Historia árabe e islámica* (Madrid, 1996) que ampliaba notablemente el anterior *Vocabulario básico* ya mencionado.

Qué duda cabe de que buena parte del origen de los conflictos bélicos se ha hallado desde tiempos inmemoriales en el desconocimiento y consecuente temor frente al «otro». El choque entre culturas o civilizaciones es, en este sentido, tan antiguo como la propia historia de las sociedades humanas. Hoy en día, cuando Europa se enfrenta al problema que supone asimilar a una población procedente de países islámicos, cuyas culturas son distintas de las nuestras, el debate surge nuevamente a partir del juicio del otro y su rechazo o intento de imposición de las leyes propias. El hecho peculiar y decisivo de que en el Islam política y religión se hallen fusionadas y que, como consecuencia, los preceptos religiosos se consideren a la vez y por consiguiente leyes que hay que respetar, no hace sino agravar las cosas desde el punto de vista de las democracias europeas. De ahí la necesidad de un conocimiento acertado que desmitifique y sustituya los numerosos tópicos que sobre el Islam perviven aún entre nosotros.

Para todo ello sirve perfectamente esta obra de consulta sosegada que, sin embargo, también admite, ya sea por ejemplo en aquellas voces menos especializadas y más de cultura general (*gǧihād, imām, madrasa, millet, salafiyya...*), en otras explícitamente jurídicas (*fatuà, nafaqa, taqlid...*) o en sus entradas más extensas (*Šarī'a, sunna, waqf...*), una lectura continuada y de esclarecedor interés incluso para los no especialistas en la mayoría de las ocasiones.

De cara a futuras reediciones convendrá subsanar algunas erratas ortotipográficas, comprensibles, por otra parte, en una obra de estas características. Únicamente es de lamentar alguna pequeña contradicción (en la transcripción de una obra en el prólogo de dos modos diferentes); la utilización en ocasiones de la forma *waqf/s* como plural de *waqf* en vez de *awqāf*; alguna entrada hace uso de citas entrecomilladas sin explicitar la procedencia... En ningún caso nada que empañe el valor de una obra que no sólo viene a llenar un vacío, incomprensible actualmente en nuestro país, sino que a buen seguro se hará más y más importante con el tiempo.

Este *Diccionario de derecho islámico* cuya publicación aquí celebramos constituye, en definitiva, una prueba más de la valiosa tarea investigadora de Felipe Maíllo (cuya férrea voluntad de trabajo me consta desde hace años), que hace de esta obra una herramienta imprescindible la cual, a pesar de haber sido escrita para especialistas en historia del derecho o del Islam, traspasa estas fronteras para servir de guía a quien desee acercarse a la cultura islámica y, por qué no, incluso para asesorar a políticos, a los que en ocasiones la ignorancia conduce directamente a la irresponsabilidad.

Fernando Benito Martín

Antonio MORALES MOYA y Mariano ESTEBAN DE VEGA (eds.): *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español*. Madrid: Marcial Pons, 2005, 340 pp.

Castilla en la historiografía española

En tiempos de maniquea bipolaridad y dualidades antagónicas como los nuestros se tiende, evidentemente, a la simplificación en todos los ámbitos. Es fácil entender por ello que, en ese contexto, la historiografía sea una de las disciplinas científicas más afectadas y propensas a ser utilizadas por uno y otro bando. De esto constituye un buen ejemplo la reciente producción bibliográfica española sobre el tema de nuestra historia más reciente, fenómeno que ha inundado el panorama editorial hasta la saciedad, aupando a los primeros puestos de ventas a muchos libros de temática histórica o historiográfica y alimentando numerosos debates en las aulas universitarias y, sobre todo, en los medios de comunicación, inevitablemente también arrollados por la retórica ideológica de unos y otros. Es, en este sentido, en medio de tal frondosidad bibliográfica donde, precisamente corroborando lo dicho con anterioridad, *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español* admite, ya desde su título, la existencia de diversas «interpretaciones» de la Historia, y pretende encarar desde diferentes ángulos el papel jugado en dichas visiones por el elemento nacionalista castellano.

Una correcta y ordenada síntesis del elemento crucial que constituye la interpretación de Castilla como eje de la historia española es la que se encuentra el lector en las páginas en las que Antonio Morales Moya repasa cómo, ya desde la época medieval, las diferentes visiones de la historia española han situado a Castilla en un lugar privilegiado en el devenir histórico peninsular. El resto de los autores son suficientemente conocidos en los ámbitos académicos y entre los estudiosos de la historia de España de los dos últimos siglos. Pero este conjunto de estudios tiene el valor, principalmente, de acometer de un modo más o menos sistemático, la puesta sobre la mesa de datos para un debate de completa actualidad que, no pocas veces, se ha alimentado de tópicos y desconocimiento. Enrique Ucelay-Da Cal, por ejemplo, explica en su contribución cómo «por mucho que, desde el discurso victimista del nacionalismo catalán, se haya insistido en la antigua enemistad catalano-castellana, nunca ha habido un verdadero interés catalanista por pensar, repensar o teorizar Castilla». También se centra en una perspectiva regional Justo Beramendi al tratar el papel desempeñado por Castilla centrándose en el caso gallego, muy diferente del catalán. En este caso, la cercanía de Portugal ha hecho de ésta, reiteradamente a lo largo del tiempo, un aliado frente a la idea centralista simbolizada por lo castellano. Junto a ellos, también muestra un enfoque geográfico, aunque



matizado, Jean-René Aymes, quien dibuja una visión decimonónica de la leyenda negra desde la orilla francesa.

El resto de los textos se centran no en espacios sino en autores concretos, como es el caso de Modesto Lafuente o Rafael Altamira, y visiones generales de la historiografía decimonónica sobre el tema. Así, Mariano Esteban de Vega, coeditor de la obra junto con Morales, aporta un interesantísimo comentario de la obra monumental de Modesto Lafuente, *Historia General de España, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, publicada entre 1850 y 1867 y que produjo ya fuertes reacciones por parte de determinados sectores nacionalistas. También se atreve a enfrentarse a otro santón de nuestra historiografía la profesora De la Calle Velasco, cuya contribución versa sobre la proyección americanista de la obra del noventayochista Rafael Altamira quien otorga un notable papel a Castilla si bien desde perspectivas regeneracionistas y críticas no ajenas, probablemente, a su republicanismo. Por último, otras páginas que completan la obra editada por Morales Moya y Esteban de Vega, son las de quienes abordan el asunto desde una perspectiva más general. Pellistrandí, por un lado, al centrarse en la historiografía del siglo XIX y, Maestro González, por otro, cuando analiza el papel desempeñado por el periodo isabelino a la hora de fijar en los manuales escolares una determinada concepción de la historia de España que atraviesa buena parte del siglo XX.

Tal vez sea, en buena medida debido a ese motivo, por lo que, como puede apreciarse en no pocas de estas páginas, Castilla y lo español se mezclan con demasiada facilidad en alguno de estos análisis, y eso a pesar de ser su diferenciación la idea central de la obra. Sin embargo, *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español* tiene en su haber, como rasgo destacable, el hecho de atreverse a encarar uno de los nodos donde se juntan el centralismo político, los nacionalismos y, de modo concreto el español, y las diferentes concepciones de España que pueden desarrollarse a partir de las interpretaciones de los acontecimientos históricos, aspectos vitales todos ellos a la hora de estudiar nuestra historia contemporánea. Es más, la propia historia del presente a cuyo desenvolvimiento y fugaz evolución asistimos se alimenta, de manera no sólo notable sino también voraz, de muchos de los temas analizados en este volumen. ¿Hace falta algo más para comprender la necesidad de su lectura?

Fernando Benito Martín

Edward SAID: *Freud y los no europeos*. Traducción de Olivia de Miguel. Barcelona: Globalrhythm, 2006.

Freud y los no europeos

«El carácter determina las cualidades de los hombres, pero son sus actos lo que los hacen felices, o todo lo contrario».

Aristóteles, *Poética*

Edward Said ha sido el palestino más influyente en el mundo occidental y una voz muy respetada en el mundo árabe. Profesor de literatura comparada en la Universidad de Columbia, crítico literario y especialista sobre Oriente Medio, conocido mundialmente por su obra *Orientalismo* traducida en 35 lenguas.

La obra está basada en una conferencia que dio el autor en Londres en el año 2003, en la que evocó la vida de Sigmund Freud y de sus relaciones con el sionismo y el antisemitismo emergente en Europa al comienzo de los años treinta, mostrándonos un paralelo fascinante entre la vida del autor y la del psicoanalista.

Edward Said realiza una indagación particular de las novelas de Joseph Conrad, su capacidad incisiva y penetrante como pocas, para desentrañar aspectos peculiares de escritos diversos, siempre a la altura de una pluma de indudable brillantez lingüística y expositiva. La visión oriental de los europeos, pero por encima de todo, refleja una preocupación existencial por la realidad del «otro» y la dimensión de su propio «yo», como palestino exiliado, en el seno de una alteridad cuyos lindes han sido fijados de forma arbitraria.

La tesis del autor, aquí, es clara: la idea de que la identidad es algo mucho más complejo y vasto de lo que la historiografía sionista ha querido imponer al pueblo judío —y negar al pueblo palestino— y que, por lo tanto, este proyecto de alteridad se confunde y compenetra con otros muchos factores que tienen que dar lugar necesariamente, a una rehabilitación humanista de la cuestión.

Las valoraciones de Freud sobre la identidad no judía de Moisés, paradójicamente prócer de la nación judía, desentrañadas por el autor con su habitual perspicacia y aportación de apuntes paralelos, inciden en esa línea: si la vinculación de esta identidad cerrada y sacralizada puede abrirse, la noción de extranjerizada puede, asimismo, abrirse y englobarse en el ámbito natural de la identidad. Esto es, que no se cierra el círculo del «yo» y el «otro» sino que se establece un canal de tránsito que puede derivar en unión.

En su intento de explicación de estos interrogantes, el intelectual palestino-norteamericano admite que el conflicto entre el sionismo y el pueblo palestino es más complejo que la batalla contra el *Apartheid* y reconoce que los judíos son un pueblo que tiene una trágica historia de persecución y genocidio.

En este libro Edward Said trata la cuestión de identidad y de pertenencia nacional de los exiliados. No creyente, Freud estaba preocupado por la cuestión de la relación entre la judeo-nacionalidad y el judaísmo, es que ¿la nacionalidad judía es compatible con la *no* creencia en Dios? Un judío no creyente puede tener una herencia no judía.

La emergencia del antisemitismo en 1930 en Europa, era una reacción que afirmaba los orígenes europeos del pueblo judío. La importancia de este libro hoy, hace plantearnos dos preguntas, cuál es la identidad nacional del estado de Israel y si es un estado judío o un estado europeo. Es importante decir que él responde *no*, en relación a la mezcla de otros pueblos del mediterráneo y de la herencia cultural mediterránea. Para Edward Said sin embargo, esta respuesta de Freud no es consistente ya que argumenta que el fundador del pueblo de Israel, Moisés, era egipcio y, por lo tanto, no europeo.

En el capítulo anterior he intentado, mediante un nuevo argumento, fortalecer la opinión de que el hombre Moisés, el libertador y legislador del pueblo judío, no era judío sino egipcio. Hace largo tiempo se ha hecho notar, aunque no haya sido considerado como decisivo, que su nombre deriva de la lengua egipcia; yo he añadido, que la interpretación del mito del agua, ligado a Moisés, justifica la conclusión de que era egipcio y que solo las necesidades de un pueblo lo han transformado en judío... (FREUD, *Moisés y la religión monoteísta*. Losada, 1959, p. 24).

Paradoja que nos demuestra que en esta época ya existía una reacción emergente del antisemitismo que afirmaba de nuevo los orígenes europeos del pueblo judío. La identidad judía es maleable, esto es lo que demuestran las reflexiones de Sigmund Freud, lo que sin embargo, se verifica hoy día en Europa del Suroeste y en otros lugares.

La cuestión de identidad, las identidades nacionales, religiosas, étnicas suponen la existencia de una identidad esencial, un núcleo inalienable, encontrando así en el discurso dominante referencias a una entidad de características definidas, distinta a otras entidades semejantes, ésta no podremos entenderla sin el reconocimiento previo de los límites que son inherentes a ella.

La identidad tiene que ver con la relación de un individuo con su grupo en donde se comparten aspectos comunes, es pues, un sentimiento que se desarrolla basado en los vínculos con los otros.

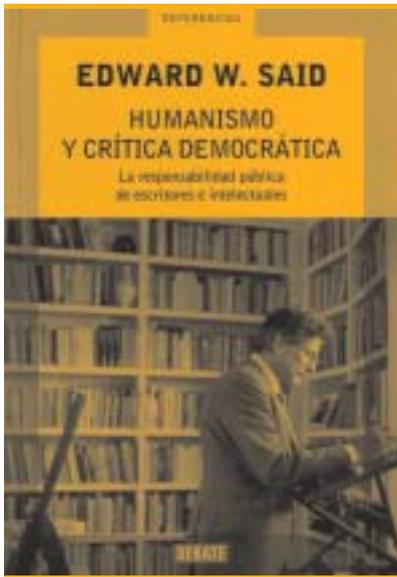
En fin, el análisis de Edward Said sobre la crítica idiosincrítica de Freud hacia el pueblo judío, nos deja entrever una posible propuesta de reconciliación entre el «yo» y el «otro» con una necesidad e incuestionable revisión del humanismo en todos sus aspectos.

Miren Karmele Pérez Ovilo

Bicultura fracturada: paradoja y polisemia

Si *Orientalismo* se convirtió en el punto de referencia de todos los estudios tocante al mundo árabe en particular y al mundo islámico en general, y fue una revolución que sacudió todos los fundamentos de los estudios occidentales y los planteamientos de los orientalistas. Mostrando con claridad que gran parte de éstos habían puesto sus conocimientos no al servicio de los pueblos cuya historia, cultura y costumbres analizaban, sino al servicio de los poderes imperiales de los países europeos.

Entonces *Humanismo y Crítica Democrática* último libro que terminó Edward Said, en principio eran una serie de conferencias preparadas para ser pronunciadas en la Universidad de Columbia (2000) y después del 11 de septiembre (2001) en la de Cambridge.



Poco después compiladas, retocadas y aumentadas para la ocasión de su publicación, llenará de sentido común y reflexión el libre albedrío de las opiniones que hasta ahora son censadas y criticadas por la gente que no está de acuerdo con la manipulación verbal.

Edward Said no se alejó ni un minuto de su espíritu profundamente preocupado y comprometido con la causa Palestina, sino además con muchos otros problemas que tienen como protagonista al llamado Medio Oriente.

En el capítulo primero de *Humanismo y Crítica Democrática* nos define con agudeza y exactitud la dimensión espacial y espiritual de la palabra *humanismo* y analiza la forma en que el mundo académico y político occidental, a través de diversas instituciones —desde la literatura hasta la «autoridad de la nación»— han fabricado una visión del Oriente en cuyas bases se encuentran el prejuicio, la ignorancia y la soberbia imperialista. En él denuncia la amenaza que se cierne sobre las humanidades en un mundo casi completamente tecnificado; nos da una visión estructurada y argumentada en la que reivindica la tradición humanista, es decir, una amplia educación, no limitada a saberes especializados.

He de decir que la tragedia del 11 de septiembre y la guerra y posterior invasión de Irak han vuelto a poner en tela de juicio el discurso orientalista más que nunca, haciendo a los amantes del Medio Oriente, plantearnos todos los juicios posibles de los discursos públicos. El lugar de enunciación al escribir sobre el mundo árabe desde el orientalismo es, la autoridad de la nación, el humanismo es la única forma de resistencia —me atrevería a decir que la definitiva— que tenemos contra las prácticas inhumanas y las injusticias que desfiguran hoy la historia.

El respeto de los valores ajenos, en la medida en que son respetables, es el fundamento de las sociedades democráticas.

Parfraseando a Gramsci «La mayoría de los hombres son filósofos en la medida en que se involucran con la actividad práctica y en esta actividad o en las líneas que guían su conducta existe implícitamente una concepción del mundo, una filosofía».

En el capítulo dos del libro Edward Saíd critica principalmente a la sociedad y el ataque que esta realiza a los modelos sociales y a los principios educativos y cómo nosotros adaptándonos, nos guste o no, modificamos nuestro *habitus* en función de las exigencias de los dominantes y nos adaptamos a su entorno, es decir,

realidad entre el mundo en que nos educamos y en el que vivimos. En esta segunda parte, es lo que trata de estudiar, justamente este fenómeno, muy presente en los discursos políticos después del ataque del 11 de septiembre, y sus consecuencias negativas para el ejercicio de la libertad de pensamiento y de la libertad de expresión, paradigmas ambos de las sociedades democráticas donde nacieron como concepto de la más elemental dignidad humana.

Entre lo que fueron las letras y la introducción al gran humanista como lo fue Auerbach nos situamos en el capítulo tercero y cuarto del libro. Retornando a la filología como camino o senda de la comprensión humanística más profunda, del conocimiento humanístico que da rigor y vigor a la interpretación.

Edward Saíd ilustra sus argumentos a través de la obra *Mimesis* de Erich Auerbach, obra maestra humanística más importante del último medio siglo, que nos demuestra que la mente humana estudia las representaciones y la historia desde la perspectiva limitada de su propia época y su propio trabajo.

Para cerrar el ciclo de conferencias y habiendo sido modificada después de los atentados del 11S, Edward Said, como intelectual que es, muestra las contradicciones que la figura del intelectual tiene en la sociedad contemporánea. Ante la falta de líneas claras que separen las situaciones sociales e históricas complejas, el intelectual y el escritor se debate entre la independencia y la necesidad de tener una audiencia y función pública. Subraya el papel de los intelectuales como referentes de los ciudadanos. Siempre, claro está, que no sucumban a las tentaciones del poder y del dinero.

Desde los clásicos griegos se sabe del poder de persuasión que lo implícito otorga al discurso dominante, de ello el uso de la retórica en el discurso político. Pero esa persuasión se convierte en manipulación cuando se buscan y se utilizan términos y expresiones como falsos referentes que ocultan aquellas realidades que no conviene explicar en todo su alcance.

El interés está en mostrar la situación compleja de la figura del intelectual y el escritor. Las contradicciones de Saíd son las contradicciones inherentes al papel que puede jugar en la sociedad todo aquel que tiene algo distinto que decir. En una cultura de masas, como es la de este fin de siglo, siempre es más fácil presentar seductoramente, una «falsa verdad» que una «auténtica duda».

Por *humanismo*, entiendo, aquella voluntad de traspasar el conocimiento con el fin de utilizarlo para una reflexión histórica y razonada. El humanismo es igual al sentimiento de comunidad, entendido como dimensión filológica de la capacidad del conocimiento humano para estudiar la humanística, con otros investigadores, otras sociedades y otras épocas: no existe el humanismo al margen del mundo, así se confiere al humanismo rigor y vigor intelectual. Cada campo está vinculado con todos los demás, y nada de lo que sucede en el mundo podría estar puro y aislado de toda influencia exterior. Injusticia en un contexto ampliamente inscrito en la historia, la cultura y la realidad socioeconómica.

La voluntad de comprender otras culturas con fines de coexistencia y de ampliación de su horizonte nada tiene que ver con la voluntad de dominar.

El concepto filológico y humanístico del *humanismo*, es una palabra que los críticos posmodernos rechazan por miedo a su mal

uso, pienso que una de las razones es el miedo a utilizar una palabra tan trillada y exprimida.

«Toda relación de *hegemonía*, es necesariamente una relación pedagógica» (*Introducción a la filosofía de la praxis*, 1976, p. 47).

La sociedad ataca a los modelos sociales y a los principios educativos que son capaces de cambiar el ciclo de la historia.

Este es el problema con etiquetas tan poco constructivas como Islam u Occidente: nos dan pistas falsas y nos oscurecen el pensamiento cuando intentamos hallar sentido a una realidad desordenada que no podemos encasillar.

Occidente recurrió al humanismo, la ciencia, la filosofía, la sociología y la historiografía del Islam, que ya se habían interpuesto entre el mundo de Carlomagno y la antigüedad clásica.

Oriente no es un tema sobre el que pueda tenerse libertad de pensamiento, puesto que se nos da ya definido, acotado y dispuesto de una forma cerrada y acabada. También nos dice que la relación entre Oriente y Occidente es una relación de poder, en la que el primero se subordina al segundo, el cual emite la noción colectiva que define el «nosotros» contra todos aquellos «no europeos».

Said se pregunta cómo la filología, la historia, la lexicografía, la teoría política y la economía se pusieron al servicio de una visión del mundo tan egoísta, hegemónica y en manos de unos pocos o sólo uno. Saíd nos visiona cómo se reproduce esa visión y se amolda a las diferentes épocas, desvirtuando los mensajes produciendo la paradoja y la polisemia.



José MARTÍNEZ DE SOUSA: *La palabra y su escritura*. Gijón: TREA, 2006, 452 pp.

De lo lingüísticamente correcto

La autoridad que José Martínez de Sousa tiene para analizar cómo debe escribirse y reflexionar en torno a lo que es un libro puede entenderse con facilidad ante su biografía. La primera mitad de su vida profesional la ha pasado en talleres, imprentas, redacciones y editoriales; y la segunda la ha dedicado a verter sus conocimientos en toda una serie de obras de referencia que se

reimprimen y reeditan sin cesar, y que han ayudado y aún continúan haciéndolo a muchos estudiantes y profesores, investigadores y profesionales del libro en general, en sus respectivos trabajos.

Destaca además en este autor el hecho de que, junto a su valía y reconocimiento, la actitud de Martínez de Sousa está lejos de un servilismo orientado a la consecución de fines profesionales. Su indiferencia ante algunas instituciones podría decirse que es, en este sentido, admirablemente osada y sólo a la altura de su trabajo y dedicación ejemplar. De ahí que, con la vocación y libertad que le caracteriza, fustigue las decisiones académicas cuando considera que ha de hacerlo, y las acoja aplauda cuando considera que son acertadas. Con frecuencia, Sousa insiste en la necesidad de que la Academia responda a la razón de su existencia y ejerza como tal poniéndose de «acuerdo consigo misma y resuelva de forma coherente los problemas de la ortografía y la ortotipografía, además, claro está, de los del lenguaje en general».

No poco de todo lo anterior puede encontrarse en *La palabra y su escritura* que, como afirma en el prólogo, reúne un manojito de trabajos que le han servido de base expositiva en charlas, conferencias, congresos..., pero con una ligazón explícita en torno al lenguaje, que ha supuesto siempre, también, uno de los temas alrededor de los que han girado buena parte de sus escritos. La obra presenta, en este sentido, una estructura impecable, mostrándose dividida en seis bloques temáticos estructurados en torno a las «cuestiones de estilo», la edición y el editor, la bibliología, la lexicografía, la ortografía y ortotipografía, y un último bloque centrado en la traducción, disciplina a la que el autor ha dedicado, desde hace tiempo, buena parte de su interés y dedicación.

El primer apartado recoge textos sobre temas de gran actualidad. Por ejemplo, la oposición entre el uso de los términos castellano o español, controversia en gran medida generada por la denominación preferida por la Academia Española («español») frente a la recogida por la Constitución («castellano»); o el tema de la norma académica enfrentada al uso, que refleja dos posturas lingüísticas (la normativa y la descriptiva) que tienen constantemente en jaque a los defensores de la corrección. En este sentido, y con gran sagacidad, Martínez de Sousa alude y denuncia los criterios de la Academia en ocasiones sorprendentes (como el caso citado de «millardo» para «dar satisfacción al antiguo presidente de Venezuela, Rafael Caldera»). También los libros de estilo hallan acomodo aquí, de los que se afirma que recogen el buen uso gramatical, léxico y textual, lo cual concluye el autor analizando los libros de estilo de los principales medios de comunicación y algunos institucionales o de carácter general. Igualmente merece señalarse, entre los textos de este apartado, uno en homenaje a Lázaro Carreter, de quien el autor se reconoce admirador y amigo.

La segunda parte se centra en el mundo de la edición: desde un sentido homenaje y recuerdo de la composición manual y su evolución, hasta la actualidad, donde la preparación del texto de un libro, con su posterior corrección, necesita de los conocimientos editoriales. Así, se profundiza en la historia de la edición y su reconocimiento como una profesión técnica y especializada que, para Martínez de Sousa se debate entre la tradición y la modernidad. Se analiza la influencia de la informática en la comunicación escrita como resultado de un proceso de evolución técnica que está modificando y transformando lo que era un oficio en una profesión. En relación con este tema están las páginas dedicadas a la bibliología, nueva ciencia no sólo del libro sino también del documento, y a la que el autor ha dedicado una de sus principales obras: el *Dicciona-*

rio de bibliología y ciencias afines (ya en su 3.^a ed., Gijón, Trea, 2004), que constituye un hito de la bibliografía en nuestro idioma. Esta predilección se refleja en esta obra en varios textos que se aproximan a dicha vertiente más teórica del mundo del libro.

Por su parte, las páginas dedicadas a lexicografía, ortografía y ortotipografía ocupan dos terceras partes del libro, lo cual no es de extrañar si se tiene en cuenta que su objeto es otro eje fundamental de la obra de Martínez de Sousa. Desde una crítica intensa a diversos aspectos de la 20.^a edición del DRAE que, en opinión del autor, «no ha venido a resolver prácticamente ninguno de los importantes problemas que tal obra arrastra desde hace decenios», hasta otra no menos fuerte del *Diccionario panhispánico de dudas*, pasando por otras obras académicas y el papel que cumple la ortografía en ámbitos de nuestra sociedad como la educación, la prensa o la propia Academia. Como no todo es crítica negativa destaca, por ejemplo, el análisis realizado de la vigésimo segunda edición del DRAE. En esta ocasión la felicitación va por delante al reconocer el autor «la calidad y oportunidad de los textos introductorios», aunque luego el autor se aplica en localizar las más recónditas erratas. Como profesora de Lengua en una facultad de Comunicación, considero que son las páginas que merecen una lectura más atenta.

Cierra el libro tres textos dedicados a la traducción que, sin embargo, sirven mucho no únicamente a los traductores. Esta es la riqueza de casi todo lo que lleva escrito Martínez de Sousa, probablemente porque la lengua no es propiedad de unos pocos, sino instrumento de trabajo, de muy diferentes modos, de muchos. Por eso quienes la estimamos en lo que vale y nos dedicamos, desde una u otra perspectiva, a ella, apreciamos y agradecemos tanto obras como ésta, en la que se reflexiona sobre su correcta utilización.

Asunción Escribano

Ermanno VITALE: *Ius migrandi. Figuras de errantes a este lado de la cosmópolis*. Trad. por Piero Dal Bon e Isabel Fernández Giua. Barcelona: Melusina, 2006, 284 pp.

El derecho negado del migrante

Un rápido vistazo al corto aún pero ya ruidoso catálogo de la joven editorial barcelonesa Melusina, permite observar un sentido crítico que se advierte en él y que resalta una clara toma de posición en un mundo editorial que comienza a adolecer de falta de títulos críticos aunque necesarios sobre la realidad social en que nos encontramos. *Ius migrandi. Figuras errantes a este lado de la cosmópolis*, es uno de estos títulos que nuestra sociedad necesita tener en las librerías, interpelándonos sobre el papel que juegan las personas en esta fase superglobalizada de la historia.

Ya desde su inicio, en el que se alude a la idea de Salman Rushdie de que el emigrante simboliza la imagen del siglo XX, Vitale centra radicalmente su obra. No estamos ante un fenómeno sociológico o demográfico, sino que, más allá de los encasillamientos académicos, las migraciones han pasado a ser en las últimas décadas, por diferentes motivos, una constante decisiva del transcurrir de la vida en nuestro planeta. Y además una influencia peligrosa en otros aspectos, con graves consecuencias como son los desequilibrios políticos.



La tesis del libro defiende la creación de un estatuto del migrante que proteja su entidad. Se trata, como expone el autor, de constituir el «derecho a migrar como extensión y plena realización de los derechos fundamentales de libre circulación y de libre elección de la propia residencia». Es más, «el objetivo ideal consiste en lograr que nadie sea extranjero desde el punto de vista jurídico y político, sin importar el lugar que el individuo escoja para transitar o residir».

Vitale se aproxima al tema pertrechado de datos y lecturas, pero desde una perspectiva marcada por la humanidad y el sentimiento compasivo que, inevitablemente despierta en nuestros días la persona que se ve obligada a emigrar («la migración individual —explica Vitale— genera soledad y nostalgia en el que migra, mientras que la migración antigua serenaba y protegía en el seno de la relación de solidaridad de los compañeros de aventuras»). En este sentido, sin rodeos, yendo directo al corazón del problema por muy incómodo que sea, Vitale pone el dedo en la llaga y se muestra rotundo al afirmar que: «cuando las condiciones presentes se muestran favorables, a los ciudadanos les supone un gran esfuerzo, tanto en términos sociales como personales, reconocer a los migrante los derechos del individuo y su efectivo disfrute».

Esta pretensión de obtener un estatuto para el emigrante que le garantice lo que la historia hasta el momento le ha negado indicaría, para Vitale, «el camino que ha de emprenderse y, al mismo tiempo, la frontera que cabe superar a fin de devolver el sentido a la titularidad misma y a la garantía de todos los derechos fundamentales en el marco de un constitucionalismo considerado como piedra de toque y norte que oriente la política internacional».

Especial interés tiene para los europeos, y en concreto para los españoles, el tercer capítulo del libro. En él se analiza un momento determinado del antisemitismo europeo: el de los judíos de la península ibérica en los albores de la Edad Moderna. Sobre ellos recae a la vez «la culpa de seguir siendo judío en origen, y la culpa de haber intentado eliminar la «mancha» de dicho origen, fingiéndose cristiano». De habitar el paraíso se vieron obligados a abandonarlo, elemento ése reiterado con frecuencia en la historia de este pueblo. Si bien existen claras semejanzas con emigrantes y refugiados (tratados en los capítulos anteriores), también hay notables diferencias. De lo especial de este tipo de emigrante, el marrano, habla significativamente su difícil conceptualización, pues «si la nostalgia es la enfermedad del emigrante y la melancolía la del refugiado [...], la enfermedad moral del marrano parece incurable, ante todo porque está privada de un nombre, de un rostro».

En cualquier caso, *Ius migrandi. Figuras errantes a este lado de la cosmópolis*, no sólo pasa revista a la historia sino que reflexiona ante ella en torno a las transformaciones que ha sufrido el término. El vertiginoso hundimiento que en el siglo XX se ha producido en relación con los derechos humanos ha propiciado que el fenómeno migratorio altere sus rasgos en cada generación, dividiendo por diez la duración de un proceso que tradicionalmente llevaba siglos.

Esta obra de fácil lectura y muy sugerentes reflexiones, ayuda a comprenderlo. Además, el hecho de que no sólo esté entre la historia y la sociología, sino que confluyan en sus fuentes los testimonios literarios, históricos y jurídicos, aporta al libro una riqueza que convierte su lectura en un placer cultural en el que aprender deleitándose moral y sabiamente.

Asunción Escribano



